



FEMINISMO Y POLITICA EN ESPAÑA

Alicia H. PULEO

Desde aquellas primeras jornadas feministas de Madrid y Barcelona, a mediados de los años setenta, la sociedad española ha experimentado un inmenso cambio. Y, justamente, uno de los factores de cambio ha sido la existencia de un feminismo muy activo: feminismo como teoría, como movimiento y como política institucional. La creación, en 1983, del Instituto de la Mujer y el posterior desarrollo de los Planes de Igualdad de Oportunidades para las Mujeres (1988-1990 y 1993-1995) constituyen hitos importantes de esta política. Asimismo, hay que destacar la creación de diversos organismos de la Mujer a nivel autonómico y local.

En su estudio sobre el feminismo como movimiento social, Joyce Gelb diferencia tres modelos: a) el feminismo de grupos de interés, propio de EE.UU., caracterizado por su pragmatismo, con estructuras centralizadas, afiliación inclusiva, dirección formal, objetivos declarados y programas concretos. Estos grupos son autónomos pero, en su búsqueda de la eficacia, favorables a comprometerse con fuerzas burocráticas y políticas. Dos ejemplos de este tipo de organizaciones son NOW, fundada por Betty Friedan, y la Junta Nacional de Candidatas,

que se apoya en los contribuyentes para generar recursos y equipos dirigentes profesionalizados. Es el movimiento feminista más exitoso por ser reconocido como «grupo legitimado en el sistema pluralista» con derecho a participación. Sus formas de lucha son muy diversas (manifestaciones, acciones judiciales como medio de sentar jurisprudencia, propaganda, etcétera); b) el feminismo ideológico o izquierdista compuesto por grupos sin dirección formal, interesados por la autoconciencia, la transformación personal y la pureza ideológica, divididos en radical y socialista, autónomos, pequeños, locales y cambiantes; c) el feminismo institucional o «igualdad a través del Estado» que suele tener lugar con gobiernos socialdemócratas. El máximo exponente de este tipo de feminismo es Suecia.

En España, el primer tipo de feminismo es sólo incipiente. En cambio, se han dado plenamente los dos últimos. Su acción, no carente en ocasiones de falta de entendimiento, incomunicación y sospechas mutuas, ha conseguido, sin embargo, llevar a cabo una formidable transformación de la sociedad. Tarea que, por supuesto, no ha sido completada pero ha dado los primeros pasos firmes en lo que Oliva Blanco e Isabel Morant Deusa han llamado «El largo camino hacia la igualdad».

En 1994-1995, veinte años después de aquellas primeras Jornadas Feministas, tuve ocasión de realizar junto con Rosa Cobo y Ana de Miguel, en el marco del Instituto de Investigaciones Feministas de la Universidad Complutense, una investigación sobre el movimiento feminista, sus relaciones con las fuerzas políticas y otros nuevos movimientos sociales (1). Nos preguntábamos, ¿qué significado tiene el feminismo para la sociedad actual? ¿Qué calificativos y juicio crítico recibe el feminismo institucional practicado durante los gobiernos socialistas? ¿Qué partidos o movimientos sociales comprenden la pertinencia del feminismo? ¿Cuál es el estado de salud del feminismo no institucional? ¿Qué elementos de renovación podrían proponerse para este último? Esbozaré en estas páginas algunos de los resultados de esta investigación.

Significado y connotaciones evocados por el término «feminismo»

De nuestro estudio se desprende la constatación de que en los últimos años se ha producido un inmenso avance en la conciencia de la sociedad española con respecto a las reivindicaciones propias del fe-

(1) Este proyecto fue subvencionado por la Dirección General de la Mujer de la Comunidad Autónoma de Madrid. El soporte metodológico del trabajo fue la entrevista de investigación social y su objetivo realizar una primera aproximación al tema, «tomarle el pulso» a la situación. Aunque el ámbito geográfico estudiado fue el de la Comunidad Autónoma de Madrid, algunas de las conclusiones pueden resultar extrapolables a otros ámbitos del país.

minismo. Hace veinte años sólo algunas mujeres de las vanguardias se autocalificaban «feministas». Hoy, ya no es un término tan raro. Sin embargo, en muchos casos, la aceptación de los puntos de vista feministas va acompañada de rechazo y desconocimiento sobre lo que es y pretende el feminismo. Este fenómeno continúa dotando al término de una carga negativa, peyorativa, e impide que muchas mujeres se consideren a sí mismas «feministas». Esta connotación peyorativa contribuye a convertir el feminismo en un gueto frecuentado por unas pocas o en una postura transgresora que se tolera mejor en las declaraciones de los hombres que en las de las mujeres.

La jerarquía determinada por la heterosexualidad como única opción sexual respetable y las vicisitudes de los primeros años del resurgir del feminismo en nuestro siglo, con su reivindicación, por parte de algunos sectores, del lesbianismo como única sexualidad feminista, pesaba y posiblemente continúa pesando en las opiniones corrientes sobre el feminismo. Esta definición externa funciona como preventivo y disolvente de la conformación de una conciencia de discriminación en las mujeres.

La misma normalización del feminismo, su aceptación por el conjunto de la sociedad tiene aspectos positivos pero también negativos. Entre estos últimos destaca el que haya dejado de ser «noticia» para los medios de difusión. Entre los positivos, pueden destacarse dos aspectos: a) su inserción académica, que significa un cambio epistemológico de enorme magnitud apreciable en el libro blanco de *Los estudios de las mujeres en las universidades españolas. 1975-1991*; b) sus aportaciones a una renovación de la izquierda y su responsabilidad en los cambios producidos en la vida cotidiana de todos los ciudadanos. Como señalara Amelia Valcárcel en *Sexo y filosofía*, el feminismo es hoy en muchos aspectos «simple calidad de vida» e incluso pocos hombres querrían volver a las condiciones de relación entre los sexos vigentes antes de la segunda ola feminista de los años setenta.

La evolución en las posiciones conservadoras, desde la tradicional alabanza a la mujer reina del hogar hacia un acercamiento al feminismo liberal que en los años sesenta reivindicaba con Betty Friedan la apertura hacia el mundo del trabajo asalariado y la formación universitaria, corresponde a los deseos y expectativas de la mayoría de las españolas. Como observa María Jesús Miranda en un estudio de 1987 (*Crónica del desconcierto. Actitudes básicas y demandas políticas de las españolas*), el trabajo fuera del hogar es sentido por la mayoría de las mujeres en España como un deseo y un deber para conseguir la autonomía y el estatus de «persona» en igualdad de condiciones con el hombre. Se busca la independencia económica incluso como una forma de mejorar las relaciones de pareja al lograr un mayor respeto por parte del hombre, hacer más holgada la

situación económica de la familia y conjurar el peligro del abandono y consiguiente desasistencia que tantas mujeres viven tras el cambio experimentado en las normas morales durante las últimas décadas.

El matrimonio ya no otorga un seguro de por vida. El incremento de separaciones y divorcios hace necesario prever una salida autónoma a las mujeres. Pero no sólo éstas sienten la necesidad del trabajo remunerado. La extensión del ideal de la mujer que trabaja fuera del hogar afecta también al colectivo masculino, hasta el extremo de que algunos hombres descargan su agresividad en el ama de casa, ya previamente abrumada por un sentimiento de culpabilidad ante su carencia de remuneración. La evolución del pensamiento conservador está, así, en sintonía con amplios sectores de la población que han cambiado sus puntos de vista sobre el trabajo femenino impulsados tanto por la propaganda feminista como por la sociedad de consumo, que invita a aumentar las entradas familiares al incrementar las necesidades en lo que se considera calidad de vida.

Observemos esta evolución en su traducción política. Si diferenciamos dos componentes en los objetivos del feminismo —igualdad de oportunidades entre los sexos y modificación de las identidades de género— se advierte en las mujeres del Partido Popular el temor a sufrir la anatemización y, posiblemente, a alejarse de las bases electorales femeninas sobre las que se apoyan. Por ello, al tiempo que reivindican la igualdad de oportunidades y la realización de las mujeres en el ámbito público rechazan el término «feminismo», el intento de modificación de las identidades de género y todo eventual enfrentamiento con los varones en luchas de poder (objetivos, estos últimos, que considera propios, en cambio, del feminismo, el cual sería un movimiento social antiguo y superado).

Las mujeres del Partido Popular prefieren para sus asociaciones el nombre de «movimientos de mujeres». Esta denominación («feminismo» es reemplazado por «movimiento de mujeres») subraya su voluntad de avanzar en los puestos de poder sin impugnar la adjudicación tradicional de roles y las identidades de sexo que se vinculan a éstos. Sin embargo, algunas de sus representantes son conscientes de la relación entre igualdad de oportunidades y transformación de los roles e identidades de género, e incluso llegan a aceptar —en última instancia— la calificación de «feministas» siempre y cuando este adjetivo aluda a una postura reivindicativa de igualdad de oportunidades sin estridencias ni agresividad.

Conectando con el actual individualismo creciente de las sociedades desarrolladas y el desencanto y apoliticismo de las nuevas generaciones, algunas representantes jóvenes de estos «movimientos de mujeres» sostienen que el feminismo es un fenómeno del pasado que

cumplió ya su cometido y ha de ser reemplazado por formas más acordes con el espíritu de los nuevos tiempos y con los intereses de las nuevas generaciones. Agreguemos, finalmente, que en ciertos casos, el rechazo del término «feminismo» se debe a que éste se halla demasiado vinculado a cuestiones tales como derecho al aborto y a los anticonceptivos, libre opción sexual, crítica a la moral cristiana, etcétera. La influencia de la moral católica parece provocar un distanciamiento en algunos temas con respecto al feminismo liberal que animara a las mujeres de formaciones de centro-derecha de otros países europeos.

Si observamos lo que ocurre en el movimiento feminista, resulta interesante constatar que, actualmente, ciertos sectores prefieren apostar por la abolición de las jerarquías entre los sexos antes que por una transformación de las identidades de género. Esta sustitución del objetivo de abolición del género por el de abolición de la jerarquía de género tiene diversos orígenes: por un lado, la reflexión postmoderna sobre la crisis del sujeto que lleva a dudar de la posibilidad de un sujeto racional libre subyacente a las determinaciones psicológicas y sociológicas y, por otro, el deseo de conectar con mujeres que no necesariamente corresponden al perfil de las feministas de los setenta, perfil que constituye un movimiento minoritario.

Porque, como es sabido, también se puede morir de éxito. La aceptación generalizada (aunque en ocasiones superficial) de actitudes que en otra época sólo reivindicaba el feminismo provoca el desinterés de las jóvenes por la reflexión sobre el género-sexo. La mayor parte de ellas, como, paradójicamente, otras veces en la historia del feminismo —ese ave Fénix—, creen todo conseguido y la igualdad completa.

Para el resto de las posiciones feministas de izquierda y centro-izquierda y parte del feminismo radical, la igualdad de oportunidades implica necesariamente un cambio en las identidades de género.

En cuanto a la polémica igualdad-diferencia, se advierte una preeminencia del feminismo de la igualdad cuyos objetivos parecen más adecuados a una difusa conciencia feminista de la mayoría de la población. Hablar de preeminencia del feminismo de la igualdad no es sinónimo de ausencia de otros enfoques teóricos. Así, por ejemplo, las mujeres reunidas en torno a la revista *Duoda* o al colectivo Lambroa se decantan por un feminismo de la diferencia.

La citada preeminencia del feminismo de la igualdad puede ser relacionada con las políticas de igualdad llevadas a cabo por la Administración, con las reivindicaciones del feminismo no institucional, con los intereses ya mencionados de la mayoría de las mujeres y con el hecho de que las estrategias de retiro subcultural son vistas como un fe-

nómeno que sólo puede implicar a segmentos ínfimos de la población. Este feminismo de la igualdad no implica —como a veces se le reprocha desde el feminismo de la diferencia— una aceptación acrítica de los valores androcéntricos y de las relaciones sociales existentes. Sus partidarias esperan de él una transformación en profundidad, transformación generada por la misma dinámica de incorporación de las mujeres al ámbito de lo público.

Finalmente, es necesario señalar un fenómeno nuevo: el ecofeminismo de Los Verdes que propugna una «feminización de la sociedad», entendiendo por tal la valorización y extensión a ambos sexos de los hasta ahora denostados valores femeninos: virtudes de la ética del cuidado y de la no violencia. Su teoría feminista puede ser calificada de esencialista en tanto afirma que existe un vínculo más estrecho entre mujer y naturaleza debido a sus funciones maternas. Pero, a diferencia de otros ecofeministas, además de la democracia paritaria y la igualdad de oportunidades, reivindican el control del propio cuerpo por parte de las mujeres a través de la planificación familiar y la interrupción voluntaria del embarazo libre y gratuita.

¿Qué calificativos y juicio crítico recibe el feminismo institucional practicado durante los gobiernos socialistas?

La particular estructura política de oportunidad de España en el momento inmediatamente posterior a la transición permitió el desarrollo de un feminismo realizado desde las mismas instituciones de gobierno. Esta iniciativa partió de militantes feministas del PSOE que consideraban necesaria la participación en las esferas del poder para llevar a cabo políticas de acción positiva. Según la opinión de sus representantes, este tipo de actividad feminista tiene sus posibilidades y sus limitaciones propias. Su función, además de canalizar recursos y proceder a los oportunos cambios legislativos, sería la de sensibilizar a la opinión pública sin caer en dogmatismos o imposiciones de carácter oficial.

El juicio que recibe este feminismo institucional por parte de las mujeres del Partido Popular no es unánime. Hay quien hace un balance totalmente negativo: se trataría de una mera maniobra electoral que no habría tenido traducción en avances concretos. Y hay quien distingue entre los logros, en un país con un retraso histórico con respecto a la evolución occidental de los roles de hombres y mujeres y los aspectos negativos por «exceso de radicalismo» o por falta de consecución en la práctica de políticas de apoyo a las mujeres. Tampoco es unánime el juicio que merece el Instituto de la Mujer y su futuro en un eventual gobierno del PP. Desde un enfoque negativo, se dice que sólo habría promocionado organizaciones de mujeres socialistas y que actualmente no tiene sentido su misma existencia. Desde un enfoque

mucho más positivo, se afirma que no sólo seguiría existiendo sino que se le otorgaría mucha más importancia y peso, dándosele el rango de Secretaría de Estado.

En un sentido más profundo, el fallo que estas mujeres ven en el feminismo institucional socialista proviene también de la concepción del Estado mínimo propia del neoliberalismo: consideran que el Estado no debería asumir las funciones naturales del movimiento asociativo.

Desde el movimiento feminista se culpa al feminismo institucional de haber contribuido a la desactivación del feminismo militante, ya sea por el debilitamiento de la actitud crítica de las asociaciones derivado de una particular política de subvención, o por mantener un discurso autocomplaciente que daría por conseguidos muchos más avances que los realmente producidos.

Otra de las críticas que recibe es la de ser muy limitado y no haberse atrevido a realizar los cambios que hasta un simple feminismo reformista exige y que estaban en su mano. En este tipo de observaciones destaca, inevitablemente, el tema de la interrupción voluntaria del embarazo como asignatura pendiente.

Otras opiniones emitidas desde el feminismo no institucional coinciden en el diagnóstico pero el juicio es menos condenatorio, ya que se considera que estas limitaciones derivan del contexto en el que le ha tocado desarrollarse. Por su intento de ocupar una posición intermedia entre la radicalidad de la vanguardia feminista y el conjunto de la población fuertemente marcado aún por un pensamiento tradicional y religioso, el feminismo institucional no satisface ni a unos ni a otros. En todo caso, dado el carácter minoritario de la militancia feminista, se reconoce a las iniciativas realizadas desde las instituciones de gobierno la virtud de haber popularizado el feminismo de forma nunca antes conocida en España. Su capacidad de llevar adelante campañas en medios masivos como la televisión es altamente valorada ya que permite desarrollar una nueva conciencia sobre las relaciones entre los sexos y las identidades de género en hombres y mujeres que no forman parte de asociaciones feministas o progresistas con simpatías feministas.

El feminismo ante los partidos políticos y los sindicatos: ¿Matrimonio, romance de un día o ruptura?

Dado que el carácter minoritario de la militancia feminista le resta peso a nivel macroestructural, muchas feministas han optado por entrar en partidos políticos y ejercer, de alguna manera, de mediadoras entre el movimiento y la política tradicional. Recordemos también que

Lidia Falcón, con su propuesta de un partido feminista, ha planteado sin éxito una tercera vía frente a la militancia en partidos políticos tradicionales y al rechazo de la actuación política por parte de los grupos feministas.

En las feministas que aceptan o practican la doble militancia en partidos con representación parlamentaria o en sindicatos predomina una lógica instrumental orientada hacia el poder, la eficacia y el pragmatismo en el sentido señalado por Dieter Rucht frente a una lógica expresiva interesada por el desarrollo personal, la identidad y la autoconciencia propia de gran parte del movimiento feminista.

No obstante, a pesar de una aceptación de principio de la doble militancia, en muchos casos, ésta no llega a producirse por un problema de falta de tiempo. Esta carencia podría paliarse en cierto modo con un diálogo fluido con los nuevos movimientos sociales, en este caso el feminismo, pero este diálogo no tiene suficiente implantación.

Las partidarias de la doble militancia advierten también las dificultades que las feministas deben afrontar en el interior de los partidos. A pesar de la unidad ideológica en el sentido político tradicional, las feministas encuentran en ocasiones una reacción negativa o una cierta reticencia por parte de los compañeros de partido y, a veces, de las mismas compañeras no feministas. Se verifica así la afirmación de que los temas propios de los nuevos movimientos sociales, entre ellos el feminismo, no corresponden exactamente con las divisiones de derecha e izquierda. Dentro de la izquierda y el centro-izquierda, que son las tendencias políticas en principio más favorables al feminismo, se da una fuerte reticencia ante algunas reivindicaciones feministas y, en general, ante la concreción de lo aceptado en el mero nivel del discurso. En muchos casos, nos hallamos frente a una lucha de poder y una fuerte resistencia de las élites masculinas. La actitud del colectivo masculino suele ser más abierta hacia otros temas, por ejemplo el racismo.

La estrategia utilizada por las mujeres del Partido Socialista para contrarrestar la resistencia masculina (o patriarcal asumida por mujeres) es la de red informal. Las mujeres del Partido Popular rechazan la posibilidad de formar una corriente o área de mujeres dentro de su organización política. Desde su punto de vista, esto significaría una autodiscriminación. Pero entienden que, de alguna manera, Mujeres para la Democracia funciona como «lobby» femenino. En Izquierda Unida se ha adoptado la organización en «Áreas de la mujer». Los sindicatos mayoritarios tienen formas distintas de organizar las políticas de igualdad de oportunidades entre los sexos.

La ya antigua polémica sobre la doble militancia subsiste, aunque mucho menos virulenta que en los años setenta. Los sectores del fe-

minismo contrarios a la doble militancia sostienen que esta constituye un desgaste de fuerzas para las mujeres ya que sus energías son orientadas a objetivos ajenos a los propios intereses del colectivo femenino.

En cuanto al tema de las cuotas, las feministas de la izquierda parlamentaria, tanto en el gobierno como en la oposición, se manifiestan claramente a favor de ellas como medio provisional de superar una situación de evidente desigualdad. El apoyo a las cuotas dentro de los sindicatos mayoritarios depende del grado de implicación feminista de las mujeres. Entre las mujeres del Partido Popular puede decirse que existe un rechazo generalizado aunque con variedad de matices. En ciertas declaraciones, el análisis de las causas estructurales de la ausencia de mujeres en las instancias de poder es reemplazado en su argumentación del rechazo de las cuotas por una lógica individualista del mérito propio y el esfuerzo personal. Desde este enfoque tampoco se acepta que el incremento de mujeres en la formación política que apoyan sea un efecto de la política de cuotas implementada en los partidos de la izquierda. El incremento de la representación femenina en el partido se espera de una labor de propaganda que saque a las mujeres del ámbito de lo privado. En algunos casos se reconoce la importancia de las cuotas, considerándolas un mal menor transitorio, y se afirma que en el PP si bien no existen «de derecho» funcionan «de hecho». Pero, aún en los casos de un talante más abierto a las cuotas, prima la idea de que el esfuerzo personal siempre vence los obstáculos. Algunos sectores del feminismo relacionado con la izquierda no parlamentaria plantean dudas sobre la pertinencia de la política de cuotas. También se muestra escéptico con respecto a las cuotas el feminismo que rechaza la doble militancia y aboga por una autonomía completa con respecto a las organizaciones masculinas. En los sindicatos, se ponen en práctica distintas estrategias. En algunos casos, las feministas apoyan sus reivindicaciones en las declaraciones generales de los Congresos que, aunque realizadas a veces por la mera inercia de la retórica igualitarista al uso, son de gran utilidad para llevar a la práctica cambios concretos. En otros, las reivindicaciones de las mujeres son elevadas en nombre de la acción sindical de las trabajadoras.

En general, las mujeres de partidos políticos y sindicatos señalan que para que su labor y sus reivindicaciones sean reconocidas es necesario que no sólo se dediquen a temas de «mujer» sino que mantengan un compromiso con otros temas e inviertan en ellos grandes energías.

No obstante, a pesar de lo dicho, se advierte una gran evolución de la actitud general ante el feminismo en partidos y sindicatos. La aceptación creciente entre las mujeres de la reivindicación de igualdad de oportunidades entre los sexos hace más difícil e impopular

una actitud numantina ante el feminismo. Así, el feminismo va encontrando su lugar en la retórica propia de las distintas tendencias políticas. En la izquierda, puede arrojarse en la tradición que enfatiza el principio de igualdad y mira —en principio y con todas las limitaciones que conocemos— con buenos ojos a los movimientos contestarios. Los «movimientos de mujeres» afines al PP (que no quieren para sí el nombre de «feminismo») se apoyan en el principio de la libertad que permite a cada cual alcanzar los objetivos acordes con su mérito personal. El reconocimiento del colectivo femenino como sujeto emergente da lugar a una política específica en el seno del Partido Popular. Se mantiene un cierto tipo de discurso de la excelencia de las mujeres, altamente halagador, con muchos elementos de verdad en sus observaciones de la realidad (practicidad femenina, capacidad de resolver conflictos y superar problemas con pocos medios, etcétera) pero no exento de riesgos y de una cierta mistificación de las habilidades desarrolladas en condiciones adversas por grupos oprimidos. La política específica a la que nos referíamos parece basarse en la identificación de aquellos sectores de mujeres que se sienten olvidadas o frustradas por los sucesivos gobiernos socialistas: amas de casa, paradas, viudas. Justamente, uno de los reproches que hacen al feminismo institucional es el de haber preconizado la igualdad entre los sexos pero haberse quedado en una igualdad formal, sin la debida implementación de medios para llevarla a cabo.

Me parece importante señalar que más allá del reconocimiento de la coherencia de las reivindicaciones del feminismo con los principios políticos de uno u otro signo, existe un interés práctico en tanto el feminismo (aun cuando no lleve ese nombre) puede ser electoralmente rentable. Las mujeres como colectivo emergente se convierten en foco de atención de los partidos. Por lo tanto, la falta de un discurso que atraiga el voto femenino aparece como un error político.

No podemos dejar de destacar que la experiencia noruega de pactos entre mujeres más allá de la pertenencia de partido no ha llegado a ser un hecho en nuestro país pero se ha convertido en un ideal de muchas feministas. La carencia de un movimiento feminista mejor organizado y con mayor capacidad de negociación y movilización influye negativamente en la consecución de este objetivo. Por el momento las divisiones de la política de partidos se imponen a la hora de ejercer una oportuna presión conjunta. El diálogo entre mujeres de la derecha y la izquierda tiene sus puntos de convergencia y sus límites. Estos últimos están marcados particularmente por un aspecto de los movimientos de mujeres relacionados con el PP que ya habíamos señalado anteriormente: su diferencia con respecto a un feminismo liberal debido a la impronta de la moral católica. En temas como el del aborto y el control del propio cuerpo parece difícil un entendimiento.

Por otro lado, desde la izquierda se señala que el modelo económico-social marca también sus barreras: las feministas de la izquierda insisten en la necesidad de preservar el Estado de bienestar como elemento fundamental de las políticas de igualdad entre los sexos, un Estado de bienestar amenazado por las políticas neoliberales.

A pesar de estas diferencias, también hay puntos de contacto. Las políticas de formación e integración para la igualdad de oportunidades así como el deseo expreso de alcanzar una democracia paritaria han gozado del consenso de las mujeres de la derecha y la izquierda.

Es necesario subrayar que la existencia de políticas europeas de igualdad entre los sexos y de organizaciones internacionales activas en este tema constituye un marco sumamente favorable para el entendimiento entre las mujeres de distintos partidos.

Finalmente, cabría señalar que la inexistencia en nuestro país de un feminismo de grupos de interés fuertemente articulado dificulta la labor de entendimiento con los partidos y el desarrollo de una política de presión y de apoyos puntuales en temas que conciernen a las mujeres.

¿Cuál es el estado de salud del feminismo no institucional?

El feminismo no institucional presenta un estado de salud bastante satisfactorio comparado con los países que nos rodean, donde prácticamente no quedan vestigios del gran impulso de los setenta. El feminismo de izquierda valora y practica también el contacto con asociaciones vecinales, generando así un feminismo de base.

Pero la vitalidad que se le reconoce —y que se hizo patente en las más de 3.000 asistentes a las Jornadas Feministas convocadas por la Federación de Organizaciones Feministas del Estado Español en diciembre de 1993— no significa ausencia de problemas. Las dificultades son de diverso tipo, algunas de carácter general, compartidas con otros movimientos sociales, otras, propias de un movimiento que se enfrenta a la necesidad de adaptarse a las nuevas generaciones que toman contacto con él. Esta adaptación no es siempre fácil y se percibe una cierta confusión sobre lo que ha de ser el feminismo y cuáles deben ser las actividades que se realicen dentro de él para atraer a jóvenes que no responden a los antiguos intereses de las militantes.

En primer lugar, se puede constatar una falta de movilización en momentos en los que se podría haber esperado, en otras épocas, grandes manifestaciones. Por ejemplo, el feminismo consiguió a lo largo

de los últimos años un cambio sustantivo en la posición de las mujeres con respecto a la interrupción del embarazo y al derecho de control sobre el propio cuerpo. Sin embargo, la discusión de la reforma a la ley del aborto no ha sido un reactivo suficiente para provocar la unidad de los diferentes grupos con vistas a manifestaciones callejeras o de otro tipo que hicieran presión en las decisiones gubernamentales. Para algunas militantes, esta desmovilización estaría parcialmente compensada con otros tipos de acción y organización que anteriormente no existían.

En algunos casos, prima la sensación de que será inútil el esfuerzo del feminismo no institucional porque todo depende de la voluntad y actuación de las feministas socialistas que se encuentran en los órganos de gobierno. Aquí advertiríamos un efecto perverso de la existencia del feminismo institucional no imputable a éste.

Desde el feminismo institucional se advierte esta descarga de responsabilidades y se la critica: se afirma que el papel del movimiento feminista debería ser el de una vanguardia libre de disciplinas partidarias que actuara como catalizador y apoyo de la voluntad feminista de las mujeres en el Gobierno. Se trataría, así, de un caso particular de la observación general de Janet Saltzmann, quien sostiene que la existencia de tendencias más radicales dentro del feminismo favorece la aceptación de las posturas más moderadas. Al haberse acallado en los últimos años la voz del feminismo no institucional, las feministas del partido en el poder carecerían de esa vanguardia radical que prepara a la opinión pública y a las formaciones políticas para aceptar reformas más limitadas.

No obstante, es necesario reconocer que la desmovilización no sólo afecta al feminismo sino a muchos otros movimientos sociales. Como es sabido, estos no tienen una curva de crecimiento constante sino que se desarrollan más bien en la forma de ciclos cuyos motores últimos no se conocen; los científicos sociales sólo barajan hipótesis, algunas de carácter económico, otras de tipo cultural.

Una de las causas evocadas por las mismas militantes para explicar el fenómeno de la desmovilización es la del *sectarismo* que divide al movimiento feminista. Por otro lado, a pesar del extraordinario avance de la conciencia feminista en la población, el movimiento feminista continúa siendo un fenómeno minoritario. Este dato no es de extrañar ya que en todos los países europeos la pertenencia a un grupo organizado de cualquier nuevo movimiento social (ecologista, pacifista, etcétera.) presenta cifras extraordinariamente bajas que no se corresponden con la simpatía despertada por las ideas y valores que estos movimientos enarbolan. De ahí el papel de impulsor complementario (pero insuficiente por sí mismo) que otorgan las feministas de los partidos al movimiento.

Además, de acuerdo con los datos recabados en nuestro trabajo de investigación, el feminismo continúa siendo un movimiento minoritario, entre otras razones porque los planteamientos estrechos y exclusivos han impedido su extensión a sectores más amplios de la sociedad. El resultado habría sido un fenómeno de gueto. Existiría una dinámica natural del movimiento que habría alejado a sus militantes de la realidad del resto de la población. Además, como en tantos otros ámbitos, falla el factor humano al primar el personalismo sobre las necesidades e intereses del conjunto. El movimiento feminista continúa estando afectado por lo que Jo Freeman calificara de «tiranía de la falta de estructuras». El ideal de democracia de base, participación en un plano de absoluta igualdad y carencia total de jerarquías termina convirtiéndose en manipulación y liderazgo encubierto.

Una de las transformaciones más notables que ha sufrido el movimiento en los últimos años ha sido la creciente especialización en temas concretos que ha ido a la par de una disminución de su componente ideológico. Nuevamente nos encontramos con un fenómeno acorde con la evolución general de la sociedad española y, en un contexto aún más amplio, con la crisis de los «Grandes Relatos» y el abandono de los grandes sistemas de pensamiento crítico que acompañó la caída de los socialismos reales.

También se puede observar que, mientras en el marco europeo las iniciativas actuales más importantes del feminismo parecen orientadas hacia el establecimiento de una democracia paritaria, otras corrientes internacionalistas apuestan por un feminismo que tome en consideración la desigualdad económica entre el Norte y el Sur. Volveríamos a encontrar, de esta manera, la antigua contraposición feminismo liberal/feminismo socialista, esta vez con el Tercer Mundo como nuevo interlocutor.

Pero la división no es sólo entre Norte y Sur. El deslizamiento de EE.UU. y los países europeos hacia políticas neoliberales que reducen las prestaciones sociales representa un serio peligro para los sectores menos favorecidos del colectivo femenino que quedarán totalmente desprotegidos al constituir los segmentos más débiles de la cadena social y serán nuevamente responsables de todas las tareas tradicionalmente asignadas a las mujeres (cuidado de niños, enfermos y ancianos). El feminismo ha de atender, pues, al fenómeno de feminización de la pobreza.

Algunos apuntes para una renovación del feminismo

Creo que carecemos de la suficiente perspectiva para hacer un balance definitivo de la evolución del feminismo en las dos últimas décadas. Pero de acuerdo con todo lo dicho, podemos constatar un nota-

ble cambio no sólo en el marco legal, educativo o laboral sino también en la conciencia de la sociedad con respecto a la pertinencia de las reivindicaciones feministas. La misma consecución de algunos de los objetivos planteados hace veinte años exige una renovación. Esta reconocida necesidad de renovación pasaría por varios elementos.

El primero residiría en movilizar esfuerzos hacia la defensa del Estado de bienestar, íntimamente ligado a los recientemente adquiridos derechos de las mujeres.

El segundo elemento de renovación sería la comprensión generalizada de que para los objetivos feministas es necesaria la conjunción de todas las fuerzas de lo que la nórdica Anna Jónasdóttir llama «continuo femenino-feminista» cuando dice: «Hoy, el movimiento de mujeres se basa en las organizaciones formales y en las actividades informales, en los convenios voluntarios y estatales feministas; y en las organizaciones separatistas, así como en las alianzas con los hombres que simpatizan con el feminismo. Para mí, una pluralidad tal es el único camino posible».

El tercer elemento, ligado con el recambio generacional, sería el reconocimiento de nuevos centros de interés entre las jóvenes. Este reconocimiento implicaría por un lado la no exigencia de militancia exclusiva y la transformación de las actividades dentro de los grupos feministas. Se atendería así a un nuevo público con un perfil muy diferente al de la feminista de los años setenta. Ligada a esta transformación, sería conveniente una intensificación de las relaciones con otros movimientos sociales: ecología, antirracismo, pacifismo, etcétera. Esto no debe significar una propuesta de fusión o de «alianzas ruinosas» (Celia Amorós) que impliquen pérdida de identidad, de autonomía o de control de los esfuerzos y los objetivos.

Finalmente, un cuarto elemento apuntaría a la necesidad de un análisis teórico de las nuevas formas del sistema de género-sexo en las sociedades post-industriales que facilitara la comprensión de ciertos fenómenos actuales y diera pistas para nuevas propuestas y estrategias.

Mucho camino se ha recorrido y mucho queda por recorrer. Pero, como sabemos, se hace camino al andar.